

LA CARIDAD.

SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.



HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID

La Caridad, por D. Federico de Sawa.—**A la señorita D.^a María Manuela García Fernandez**, al enviarle un ramo de flores, en sus días, 15 de Setiembre de 1861, poesia por R. F.—**Una limosna**, por D. Francisco Muñoz y Ruiz.—**Las gotas de agua**, poesia por D. Ventura Ruiz Aguilera.—**La mano de Nieve**, novela, continuacion.—**Un secreto**, novela, continuacion.—**Almanzor**, poesia, por F. H. de M.—**El Abogado y el Juez**.—**Soluciones á las charadas insertas en el número anterior**.—**Charada**.

LA CARIDAD.

Mas sobre todo esto tened caridad, que es el vinculo de la perfeccion.

Y el fin del mandamiento es la caridad, de corazon puro, y de buena conciencia, y de fé no fingida.

(SAN PABLO.)

Dios es Caridad: la Caridad es virtud mas excelente que la fé.

Sin dedicar á Dios un amor puro y asiduo es de todo punto imposible apreciar su bondad suma, su sabiduría infinita; imposible amar al prójimo, imposible conocer la Caridad.

Nuestro amor, no debe limitarse únicamente á aquellos que nos rodean, nos sirven, agasajan y adulan,.. no!—Jesucristo lo dijo: «Porque si solo amais á los que os aman ¿qué recompensa mereceis por ello? ¿Acaso no hacen lo mismo los publicanos?...

La Caridad debe estenderse á todas las clases, á todas las personas, aun á nuestros mismos enemigos si hemos de dar cabal cumplimiento á los sagrados preceptos del Señor.

«Amad á vuestros enemigos, y haced bien á los que os aborrezcan—dijo—Lo que hiciereis

«por el mas pequeño de mis hijos, lo habreis «hecho por mi mismo.» Santas y sublimes máximas donde se revela la fiel voluntad de Aquel; que descendiendo del cielo por salvarnos, predicó la verdadera fé, y murió escarnecido y denostado por los mismos que habia redimido del pecado, derramando su inmaculada sangre en las alturas del Gólgota.

«La Caridad es paciente, es benigna: la Caridad no es envidiosa, no obra precipitadamente, «no se ensorberbece.

«No se goza de la iniquidad, mas se goza de «la verdad.

«La Caridad nunca fenece; aunque se hayan «de acabar las profecias, y cesar las lenguas, «y ser destruida la ciencia.

¿Y sabeis por qué ese precioso don, ese sentimiento tan dulce y tan magnífico no se estingue jamás en el pecho del misericordioso?.. Porque la llama de la fé arde entera y brillante en su alma; porque ven toda la miseria, toda la desnudez, todo el profundo abatimiento del que sin consuelo, pobre y desvalido, gime en el infortunio; porque comprenden el sufrimiento de Lázaro; porque el hombre exánime, sin sustento, abandonado de todos, muere desesperado; y dentro del mas miserable se alienta un alma, joya riquísima encerrada en un frágil vaso cinerario, emanacion célica rescatada con el precio de la sangre de un Dios, que puede re-

generarse, volver á su primitiva pureza y esplendor por medio de la persuasión y el consuelo de aquellos que viviendo en una atmósfera de Caridad, derraman en el corazón del pecador el delicioso perfume de sus sublimes virtudes.

A los que desesperan llevémosles consuelo; á aquellos infelices que suspiran hambrientos y en desnudez, socorrámosles, abrámosles nuestros brazos para que el calor de nuestro seno vivifique sus miembros ateridos, para que el pan de nuestra limosna fortifique su cuerpo, y aliente su abatido espíritu; hagámosles ver y creer, esclareciendo su mente, la eterna felicidad.

La religión cristiana, esencia de Dios, es el único bálsamo que puede curar todas las heridas, todos los padecimientos de un alma atribulada.

Jesucristo vino al mundo para salvarnos, para redimir al hombre del pecado original.

Para la comecusión de este glorioso fin sufrió miserias, privaciones, destierros, tormentos.

Si pues Él nos dá ejemplo edificándonos con su humildad y mansedumbre, rogando á su Padre airado, el perdón de nuestras culpas, respirando en una cruz sin proferir una queja, bendiciendo á sus verdugos!... nosotros, cristianos purificados de toda mancha por el agua santa del bautismo, debemos obedecer ciegamente los preceptos del Salvador, practicando la Caridad que fué su única, su exclusiva misión sobre la tierra; diciendo á los pobres: «Pedid, y se os dará: buscad, y hallareis: llamad, y se os abrirá.»

Amparad al desgraciado, socorred al hambriento; y cuando veais cruzarse en vuestro camino un pobrecito pálido, demacrado y harapiento que os estienda su mano descarnada y trémula pidiendoos una limosna en el nombre del Señor!.... no le abandoneis en su dolor, socorredle; y Dios en aquel momento desde su célico trono de estrellas rodeado de incienso y querubes, enviará dulzura á vuestro corazón, paz á vuestra alma; porque amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo, *es mas que todos los holocaustos y sacrificios.*»

FEDERICO DE SAWA.

Barcelona y Octubre de 1861.

A LA SEÑORITA

D.^a MARIA MANUELA GARCIA FERNANDEZ,

AL ENVIARLE UN RAMO DE FLORES,

EN SUS DIAS, 15 DE SETIEMBRE DE 1861.

Besa con vehemente anhelo
esas flores que te envío,
pues ellas, por su consuelo,
han recibido del cielo
las lágrimas del rocío.

No muestres en ello enojo:
bésalas con dulce calma,
que son, sin rudos abrojos,
tan bellas como tus ojos,
tan puras como tu alma.

Verás su cáliz sediento
temblar, aunque sin agravios,
al sentir, con ardimiento,
el contacto de tus labios
y el aroma de tu aliento.

Y si fieros algun día
se van de tí los placeres,
busca en ellas tu alegría,
que las flores son, María,
el placer de las mugeres.

Con su amor, en los amores
nunca el alma se consume;
que igualan en sus favores
de la virgen el perfume
y el perfume de las flores.

No á delirios halagüeños
dés tan temprano tu vida:
no sueñes con tus empeños,
aunque en calma veas dormida
luz y flores en tus sueños.

Pues luz de abrasante palma
es la luz de ese delirio;
y las flores de esa calma
flores que ofrecen al alma
las espinas del martirio.

Oh! las mias son mejores,
mas dulces y peregrinas;

hijas del alba, mis flores
no tienen en sus amores
para el corazón espigas.

Buscando del bien las huellas,
bésalas con entusiasmo
que son modestas y bellas,
y hallarás para tu pasmo
tu propia dulzura en ellas.

Ponlas junto al negro rizo
de tu pura sien en torno
y verás, cual profetizo,
que ellas te prestan su adorno
y tu les prestas tu hechizo.

Aspira por simpatía
su cáliz de gentileza
y aumentarás, vida mía,
tu candor con su ambrosía,
tu virtud con su pureza.

Y adios, y no lances lejos
consejos que á dicha tienden;
pues si floridos son viejos,
los viejos á dar aprenden
entre flores sus consejos.

R. F.

Málaga.

LA LIMOSNA.

Paseaba cierto día por el Prado con un anciano respetable por sus virtudes y talento; y al descubrir el Museo de Pinturas paróse de repente mi amigo y permaneció abstraído por algunos instantes como si le ocupara una profunda meditación. Respetando yo su silencio no quise interrumpirle hasta que saliendo de aquella especie de éstasis me dijo afectuosamente.

—Dad gracias querido mío á la bondad de Dios, porque os ha deparado una juventud tranquila y feliz, la mía fué harto penosa y esa obra del arte que tantas maravillas encierra, siempre me recuerda uno de sus episodios mas interesantes.

—Si no temiera ser importuno —le dije— me atrevería á rogaros....

—Vuestra curiosidad es natural —repuso el anciano— y me será muy grato satisfacerla.

Oid pues.

«Negra noche alumbró mi primer paso en el camino de la vida.

La Providencia había decretado la muerte de mi madre al darme á luz.

Tan solo un ser querido me quedaba en la tierra en quien poder depositar todo un cariño, un padre, y su vida fué humo que se desvaneció sobre el sepulcro de su esposa.

Abandonado en el mundo la caridad fué mi segunda madre.

La limosna me proporcionaba el sustento de la miseria.

Así corrieron mis años dulcificados con amargas lágrimas.

Ya en un corazón de niño empezaba á germinar el deseo de la gloria, el deseo de ocupar un lugar distinguido en la sociedad adquirido á fuerza de constancia y sufrimiento. Quería ser artista, pintor, este era un sueño dorado, un sueño de inocencia.

Cumplí doce años.

Un domingo deseoso de admirar al genio me dirigí al Museo de Pinturas.

Mi rostro había tomado un tinte lívido, indicio elocuente de privaciones y pobreza. Mi vestido andrajoso demostraba mi gran miseria.

No me permitieron pasar del umbral y lloré, porque los niños lloran ante cualquier obstáculo que se opone á su capricho.

El dedo de mi destino parecía indicarme aquellos salones como término de mis desgracias.

Al fin conseguí entrar.

Corrí galerías y galerías admirando la magnificencia de sus cuadros, hasta llegar al último salón.

Mis pasmados ojos contemplaron con avidez la belleza de los lienzos que en él se hallaban colocados y estasiado me detuve ante la imagen de una mujer encantadora que acariciaba á un niño entre sus brazos.

Era una virgen de Murillo.

Y una lágrima se desprendió de mis ojos, lágrima que encerraba la historia de mi pasado. Al ver aquel niño recordé á mi madre y le tuve envidia.

Era la primera vez que sentía esta pasión en mi pecho.

Y tras esta lágrima nacida del corazón otras mil surcaron mis hundidas mejillas.

Contemplando aquella imagen que tan dulces al par que tan amargos pensamientos traía á mi memoria sentí hambre, y entonces comprendí la doble desgracia de ser huérfano y pobre.

Aquel día la ilusión del niño me había hecho olvidar la realidad de sus necesidades. No había pedido limosna.

Miré en derredor y tan solo ví á una mujer que con mesurado paso se me aproximaba. La alargué mi mano.

Si la virgen de Murillo no se encontrara en

el lienzo, hubiera creído que era su imagen animada la que mis ojos veían.

Parecía una visión celestial: tan hermosa era.

Su voz llegó á mis oídos; era la voz de un ángel; y su mano de alabastro tocó mis vestidos.

« Sé constante y virtuoso y el cielo premiará tus esfuerzos. »

Y sentí en mi descarnada mano el frío contacto de una moneda y en mi frente marchita un beso ardiente.

Aquellas palabras, aquel beso, ecsaltaron mi alma.

Llegué á los veinte años y ya un pincel me habia colocado entre los primeros artistas.

La sombra de aquella muger me perseguía incesantemente.

Viagé, la busqué por todas partes, pero fueron inútiles mis pesquisas, no volví á encontrarla.

Habia desaparecido de la tierra. Se fué al cielo.

Sin duda era el ángel que velaba, por el destino del huérfano.

FRANCISCO MUÑOZ Y RUIZ.

LAS GOTAS DE AGUA.

El mar embravecido
la orilla azota,
lanzando sobre un árbol
miles de gotas;

Que al suelo llegan
del aire al soplo leve
todas deshechas.

Ayer al mar unidas
¡cuán formidables!
hoy del mar separándose,
deshechas caen.

*Si union les falta,
los partidos mas fuertes
son gotas de agua.*

VENTURA RUIZ AGUILERA.

Madrid.

LA MANO DE NIEVE,

POR

VICTOR BERSEZIO.

(CONTINUACION.)

§

No tuve que esperar mucho.

Una luz agradable y tranquila; menos viva que la del sol, mas que la de la luna, suavemente templada y casi me atreveria á decir perfumada, se difundió poco á poco en un círculo que se abrió en aquel disco.

Todas las figuras estrañas desaparecieron. Yo sentí la dulzura precursora con que se anuncia una deseada vision.

Un vago deseo, cierta ternura indefinida, una agradable inquietud se apoderaron de mí cual si fuesen un soplo de amor que viniese á acariciarme la mente y el corazon.

Pensamientos suaves y vigorosos invadieron mi cabeza con agradable violencia; una voluptuosidad pura y benigna hizo mas frecuente, pero no fatigosa, mi respiracion; un vago anhelo activó gradualmente la circulacion de mi sangre.

De repente me estremecí y lancé un grito que murió en mi garganta.

En aquel círculo de etérea luz habia aparecido una mano.

Una mano de muger, bella, blanquísima, torneada, elegante, perfecta.

Y á qui permitáseme repetir que no hay nada para mí mas bello ni mas seductor en el mundo que una linda mano de muger. Ella es, á mis ojos, la mejor manifestacion en forma sensible, de la belleza ideal; en cuanto á la que yo veía nada me dejaba que desear.

Montaigne llenó de verbos una gran página con el pretexto de hacer notar todos los oficios que desempeña la mano. En mi sentir, segun mi modo de ver, la mano de una muger dice por sí sola mucho mas que la suma de todo aquel catálogo de verbos altisonantes, y me parece que podría apresarlo todo con estas pocas palabras: la mano de la muger es la encarnacion de la idea de lo bello.

En el órden de la inteligencia ¿sabeis cual es la señal característica que tanto separa al hombre del bruto? ¿sabeis que hace al primero capaz de tantas maravillas y condena al segundo á ser inmutablemente incapaz de mejorarse á sí

propio? Es que el hombre tiene manos y el bruto solo tiene piés. En el orden de la belleza ¿qué es lo que distingue tanto á la muger del hombre? para mí, son esas lindas y cándidas manos creadas para los besos y no las nuestras grandes, bastas, robustas, hechas para el harado, la espada y nó pocas veces para ensuciarse de tinta.

La que se me apareció, era la mano mas bella que yo jamás he visto. Delgada y sin embargo gruesesita; los dedos afilados y terminados por uñas color de rosa; por el dorso, en el nacimiento de cada dedo, un oyito muy leve pero muy gracioso; la piel blanca y tersa; la palma ni muy ancha ni muy carnosa, era elegante y esbelta en sus movimientos, morvida á la simple vista y toda gracia y venustidad.

No hubo voz misteriosa que interrogára, ni necesidad de respuesta, ni hubo lucha en mi interior. El corazon habia renunciado á su sistema de oposicion; habló alto y fuerte y logró persuadirme.

—Oh! si yo pudiera tocar con mis lábios las puntas de aquellos sonrosados dedos!...

No bien habia acabado de pensar en este deseo cuando ví las cabezas de aquellos seres misteriosos que me miraban maliciosamente.

La mano maravillosa se movió.

—Hundios en el polvo! —dijo una voz melodiosa con timbre argentino; y aquella nube de seres desapareció totalmente de ante mi vista.

§

Abrí los ojos desmesuradamente.

Una muger estaba conmigo, á mi izquierda y bajaba la cortinilla de la portezuela.

—Perdonad — me dijo — he bajado la cortinilla porque entraba demasiado polvo.

Yo quedé estupefacto.

¿De donde habia salido aquella muger? El coche no se habia parado; al contrario, el conductor alentaba á los caballos y se corria con una velocidad no usada en esta clase de trasportes.

Miré al camino y me era desconocido.

Era un sitio tan agreste, con tan horrorosas y negras rocas que Salvador Rosa en su mas tétrico humor, en su mas lúgubre inspiracion, no hubiera podido pintarlo parecido.

Me incliné hacia el conductor:

—¡Eh! Buen hombre! —le dije — ¿donde estamos?

El conductor no respondió, no se volvió, ni hizo la menor señal de haberme oído.

Al mirarlo yo por la espalda, pues no podia ser de otro modo, me parecia el mismo y, sin embargo, me parecia otro; el mismo hombre, pero transformado, sin que yo pudiera decir de que modo ni en que cosa.

A mi pregunta respondió la muger con voz agradable:

—Estad tranquilo, no hemos llegado todavía

al sitio, término de vuestro viage, Sr. Dalbene.

¡Ella sabia mi nombre!!

Quise ver si la conocia. Todo su cuerpo estaba cubierto con un manto negro y su cara con un tupido velo color leonado. Dirigí la vista á sus manos. La izquierda la llevaba oculta; la derecha, con la que recogia graciosamente su velo, era linda, bien formada, como la de la vision, pero en vez de desnudada cubierta con un finísimo guante.

IV.

—Vd. me conoce? —le pregunté con bastante extrañeza.

—Mucho; — respondió ella — mas que Vd. puede imaginarse; podria contarle todo su pasado y adivinarle algunos de los pensamientos que cruzan por su mente.

—No hagais tal — contesté con viveza — mi pasado y mis pensamientos me aburren por sí solos demasiado para que desee verlos reproducidos en boca de otros. Pero ya que mi pobre nombre tiene el honor de ser conocido de Vd. ¿no podria yo, á mi vez, tener el gusto de conocer el suyo?

—¿Por qué no? —dijo ella — y sacó la cabeza por la portezuela como si alguna cosa en el camino hubiera llamado su atencion.

Pero aquí se me ocurre, antes de seguir adelante, escribir aquel mi pasado que no queria oír referir por boca de mi desconocida.

No sé si esto se hallará de acuerdo con la lógica distribucion de las partes de un escrito. No lo sé, y maldito lo que me importa.

El que quiera encontrar orden, lógica y buen sentido en estas páginas ha errado el camino, y puede cambiar de direccion, pues yo afirmo que por aquí no los encontrará jamás.

Hecha esta salveldad, empiezo á escribir mi vida y doy licencia á todos de *leérmela*.

(Continuará).

UN SECRETO.

NOVELA.

(CONTINUACION.)

—Acabo de recibir un billete del Marqués de Almara anunciándome serle imposible concurrir esta noche á nuestro baile por hallarse algo indispuerto.

Un lindo sonrosado iluminó las bellas facciones de Lucia.

Su corazón no era en un todo insensible á las galanterías del Marqués.

El Barón Adolfo Quintanar la pretendía también, pero su reputación no era de las mejores en Madrid á causa de sus calaveradas, lo que le perjudicaba en extremo.

Tal era el ginete á quien Julio le habló en el Prado desde el carruaje.

Lucia, conociendo la repugnancia de su madre no admitía los obsequios del Barón. La Duquesa le había aconsejado cariñosamente é interesándose por su felicidad, que despreciara los amores de Quintanar admitiendo los del Marqués y ella trataba seguir aquella noche los consejos de la Duquesa.

El objeto de Almara al participar á la Sra. de Orgáz que una ligera indisposición le impedía asistir al baile, era espiar á Lucia y conocer de una vez las simpatías que el Barón de Quintanar le inspiraba.

El tiempo que transcurrió desde que escribió el billete á la Duquesa, pasaba para él con una lentitud inmensa.

Deseaba con ansia que la hora de presentarse en el baile llegara, pareciéndole mentira que iba á satisfacer su deseo, conociendo en lo posible las intenciones de la mujer que le robaba su cariño y que se le presentaba como una ilusión que le consolaba en medio de la lucha que tenía empeñada la cabeza con el corazón.

Además, sentía aversión hacia Quintanar pues sabía la inclinación que este mostraba á Lucia y como solo donde hay amor hay celos, Julio los experimentaba, temeroso de que otro poseyera lo que él quería para sí.

Llegó al fin la noche y el gran baile de la Duquesa de Orgáz iba á tener lugar.

Eran las doce y en los magníficos salones que habían sido preparados al efecto, se reunía una numerosa y escogida concurrencia.

La esplendidez y la alegría reinaba por todas partes. Por una espaciosa galería, lateralmente adornada con encasamientos de estuco llenos de flores y bajando una ancha escalera de mármol, se entraba en los jardines en los cuales se hallaban flores de todas clases, cuyo olor embriagaba; esbeltas fuentes que hacían correr sus juegos de aguas murmurando al caer, senadores cubiertos de mirtos y rosas alumbran aquel encantador panorama la pálida y opaca luz de la luna, convidando todo á admirar la naturaleza y alabar en aquel recinto de placer, la gran omnipotencia del Criador.

En el gran salón de baile todo era diversión; se veían amantes que se contemplaban llenos de ilusión y cariño, deslumbraban los atractivos de las veldades que se encontraban en él y cuando uno se acercaba á alguna hermosa, el perfume inesplicable que exhalaba junto con el de las flores y los armoniosos acordes de la música, arrobaba el alma y la trasportaba á regiones desconocidas.

La señorita de Orgáz vestía de dama de corte en tiempos de Felipe II; Aurora List trage de Maria Antonieta y había tratado competir con Lucia tanto en lujo como en hermosura.

Adolfo Quintanar vestía de negro, bromeaba con todas y por su inconsecuencia, se parecía á una viva mariposa que volaba de flor en flor.

En dos extremos del salón se habían colocado otros tantos máscaras.

La hechura de sus disfraces era exactamente igual.

Consistía el de ambos en largos capuchones de grós, con la sola diferencia que el color del uno era negro y el del otro blanco.

El que vestía este último, sentía inflamarse en su corazón un afecto particular inspirado sin duda por Lucia.

Hablaba esta con Aurora List, cuando se les acercó el Barón y conversó con la señorita de Orgáz.

Una fuerza irresistible arrastró al del capuchón blanco hacia el sitio que el Barón se dirigió y sentándose como por casualidad detrás de ambos, trató oír la conversación que iba á tener lugar.

Quintanar, después de un gran rato, declaró á Lucia el cariño que le inspiraba, pero esta, con la finura que la era peculiar, le dijo «que como sus declaraciones amorosas salían muy pródigamente de sus labios y como estaba tan acostumbrado á decir lo mismo tan amenudo, le permitiera contestar no creía en su amor ni en el de los hombres que como él, vulgarizaban los sentimientos de tal manera.»

Al del capuchón blanco le parecía salir de una horrible pesadilla, oyendo hablar así á la mujer que adoraba.

El barón, entristecido al parecer por el resultado de su conversación, dió el brazo á la señorita de Orgáz, conduciéndola al sitio en que la Duquesa estaba, y haciendo un respetuoso saludo, se fué algo pensativo pues no esperaba la acogida que le había hecho Lucia.

Mientras tanto el del capuchón negro, hablaba con Aurora List y le decía:

—¿Qué juicios tienes formado del Marqués de Almara?

—El que en general tienen todas las personas que lo conocen.

—¿Creerías feliz á la mujer que poseyera su cariño?

—Me inclino á creer que lo sería en extremo.

—¿Y si el marqués te quisiera, le corresponderías?

—Permíteme que á esa pregunta tan delicada no conteste.

—¿Y si me quitase el antifaz, lo harías?

—Entonces, lo pensara.

—Asegurame no decir quien soy.

—Te lo aseguro.

El máscara levantó ocultamente algo las bar-

bas del antifaz y descubrió las facciones de Augusto Bracamonte.

Una palidez mortal cubrió las encantadoras mejillas de Aurora.

La contestacion que debia dar al tío de Almara la comprometia y no hubiera sabido que decir, si un jóven no la hubiese invitado á bailar.

—¿Me permites?... — le dijo al máscara.

—Estás en libertad de hacer lo que quieras.

En seguida se levantó y despidiéndose empezó á bailar.

Apenas el Baron dejó á Lucia con la Duquesa, se le acercó el del dominó blanco y le rogó lo acompañase á pasear por los jardines.

Mis lectores habrán ya conocido al Marqués.

Quintanar creia haberlo visto otra vez aquella noche, pero no recordaba donde.

Cuando estuvieron en los jardines, el máscara le repitió al Baron las mismas palabras que le habia dirigido desde el carruaje para hacerse conocer y despues añadió:

—Quería decirte, que he conocido la inclinacion que tienes hácia la señorita de Orgáz: no la quieres y sin embargo esta noche te has declarado á ella. Ha despreciado tu cariño, pero si te hubiese admitido, yo nunca permitiera que se engañara á un alma pura, á un corazon de virgen que nunca sabrias tú apreciar. Así pues, mi objeto al darte la cita, ha sido para aconsejarte que la olvides; no estrañes que te hable con el antifaz, pues mas adelante sabrás quien soy.

—A pesar de la máscara, te voy á decir, que si esta noche me declaré á Lucia, efectivamente no la amaba pero ahora la adoro, mas yo trataré sobreponerme á ese cariño. No soy digno de ella, lo confieso, aunque no debiera; trataba engañarla jurándole amor y me ha desoido. Esta noche por primera vez he tomado una leccion que me servirá para el porvenir..... me retiro, no me siento bien.

Y alargándole la mano, envuelta en un fino y estrecho guante blanco, la apretó el marqués entre las suyas.

Poco tiempo despues, Adolfo de Quintanar salia del salon, bastante amarillo y pensativo.

Al despedirse de Lucia, conoció esta la mutacion que su semblante habia experimentado, y estuvo en duda si creer era ficcion para hacerse el interesante ó realidad. Si era verdad, se arrepentia no haber dado crédito á lo que el Baron le habia dicho.

Mas en el corazon de una muchacha de quince años, rodeada de adoradores y en un baile, estas peripecias pronto se olvidan. Asi es, que á los cinco minutos no se acordaba de Quintanar.

El Marqués salió tambien del salon sin ser visto y entrando en un carruaje que lo esperaba, se hizo conducir á su palacio.

Se quitó el difraz y volvió al baile.

Al momento presentóse á la Duquesa, la que por estar en aquel momento muy embebida en

la conversacion que sostenia con el máscara del capuchon negro, no se acordó del billete que del Marqués habia recibido.

Este sin detenerse, se dirigió á la Duquesita y tomó asiento á su lado.

—Hoy recibimos un billete, anunciándonos no serle posible honrarnos con su presencia, por que una ligera indisposicion....

—Efectivamente, no me siento bien, pero haciendo un esfuerzo, he venido para tener el gusto de saludarla y al mismo tiempo admirar sus encantos.

Lucia inclinó la cabeza como dando gracias.

—¿Y qué enfermedad le aqueja? — preguntó.

—No es fácil definirla. Las enfermedades morales son dificiles de explicar.

—Segun eso su enfermedad es moral.

—Sí, Lucia y producida por una muger cuyo corazon es de ángel; por una divinidad á quien adoro y en cuya mano está el remedio con que poner fin á mis males.....

De esta manera Almara le fué declarando el amor puro que sentia producido por ella, hasta que abandonándole la natural timidéz que inspira el verdadero cariño, la dijo:

—Es á V. á quien adoro y á quien idolatro.

Entónces Lucia con emocion y con unos colores que arrebatában, fija la vista en la alfombra, contestó:

—Yo os amo tambien....

El Marqués no pudo ahogar su alegria y se creyó feliz.

JUAN JOSÉ JIMENEZ.

Continuará.

ALMANZOR.



Hurí de rasgado ojos,
de mirada sonriente,
de labios puros y rojos
de pálida y tersa frente,
Sal, cristiana,
sal á escuchar mis canciones
africanas.

Con dulce acento apenado
Almanzor así decia
de una bella enamorado;
y en su dolor repetia:
Sal, cristiana,
sal á escuchar mis canciones
africanas.

Se iba la noche alejando,
despertaba el nuevo día,
y Almanzor siguió cantando
la cántiga que decía:

Sal, cristiana,
sal á escuchar mis canciones
africanas.

Plegó la noche su velo,
abrió su pupila el día
y, con amoroso anhelo,
triste Almanzor repetía:
Sal, cristiana,
sal á escuchar mis canciones
africanas.

Salió la bella á la reja;
un velo azul la envolvía
y alegre escuchó la queja
que el céfiro conducía;
luego cerró la ventana
y cesaron las canciones
africanas.

Un mes despues, con dolor
diz que la brisa decía
que el atrevido Almanzor
en yegua alheñada huía
con una bella cristiana.....
la que inspiró sus canciones
africanas.

F. H. DE M.

Málaga.

UN ABOGADO Y UN JUEZ.

Numerio, gobernador de la Galia Narbonense, fué acusado de malversacion de los caudales públicos. Esta causa fué tan ruidosa, que Juliano quiso examinarla por sí mismo, como lo hizo en un juicio público con la mas atenta circunspeccion. El gobernador negaba todos los hechos que se le atribuian y de los cuales ninguno se le podia probar, cuando el Abogado que pleiteaba en contra suya gritó con vehemencia: *Qué cul-*

pable no pasará por inocente, si basta el negar?
A lo cual Juliano contestó al momento: *Y qué inocente no pasará por culpable si basta el acusar?*

CHARADA.

Mi primera repetida
es gentilica Deidad -
mi segunda repetida
es cosa para asustar -
mi tercera repetida
no tiene gracia ni sal -
mi segunda y mi primera
es adverbio y es Ciudad -
de públicas diversiones
segunda y tercera es lugar -
y mi todo todos fuimos
en nuestra primero edad.

Solucion á la primera charada del número anterior.

Mon es el ministro,
Montes el torero,
Y el Dios será Pan
sabroso alimento.
Montespan la dama
Que en sus brazos bellos
A Luis, rey de Francia,
Tuvo prisionero.

ENRIQUE GOMEZ DE CÁDIZ.

Solucion á la segunda.

Un moro lleno de callos
Se fué á curar á la Meca,
Montado sobre el camello
Que tu charada presenta.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cinteria, núm. 3.